



Xavier Güell  
**La Música de la Memoria**



XAVIER GÜELL

# La Música de la Memoria

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2015

© Xavier Güell, 2015  
Los extractos de *El anillo del Nibelungo*, de Richard Wagner,  
han sido reproducidos a partir de la traducción de Ángel-Fernando Mayo,  
publicada por Turner Libros en 2003  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: RODESA  
Depósito legal: DL B 3084-2015  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-42-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Gloria, Cósima y Tristán*

## CAPÍTULO I

### Ludwig van Beethoven: El encuentro

*Schwarzspanierhaus. Viena,  
19 de marzo de 1827*

Soy el que soy. Soy todo lo que es, lo que ha sido, lo que será. Ningún mortal ha levantado mi velo. Él es el Solo, el Único. El que no ha sido engendrado y al que todo debe su existencia. Con calma y resignación pongo mi confianza, Señor, en tu inmutable bondad. Me someto a todas las eventualidades del destino. Para ti, siempre con el mismo espíritu, eternamente para ti. ¡Regocíjate, alma mía! ¡Sé mi roca, Dios mío! ¡Sé mi luz! ¡Sé para siempre el refugio donde encuentre albergue mi confianza! Tú que me ves abandonado de la humanidad, atiende mi ruego: ¡que pueda seguir viviendo! ¡Que pueda seguir sirviéndote! Aunque esto hoy me parece imposible. ¡Oh, duro destino, cruel fatalidad! ¡No, no acabará nunca mi desgraciada situación!

Pronto abandonaré este mundo. Es amargo el sabor de sentirse próximo a un final irrevocable: enfermo, perdido, apartado de todo. Vivo en la contradicción de ser considerado el compositor más grande y encontrarme casi en la miseria. La vida no es el bien supremo, pero entre los males, el mayor es la penuria. La Sociedad Filarmónica de Londres me ha adelantado mil florines por una nueva sinfonía, la *Décima*, que no sé si podré acabar. Gracias a esa suma he podido afrontar mis necesidades inmediatas más básicas: comprar comida, medicamentos, pagar al doctor... Llevo cuatro meses en cama. He sufrido tres operaciones seguidas y no soportaré una cuarta. Mi cuerpo maltrecho se deforma

como consecuencia de una hidropesía que ha inflamado mis miembros llenándolos de un fluido amarillento, denso, que me produce unas llagas purulentas, extendidas por la piel. Lo peor son las noches. No puedo dormir, el tiempo se dilata y cada insufrible minuto es una eternidad. A veces confundo el anochecer con los primeros rayos del alba y entonces me invade la alegría de pensar que el amanecer dejará atrás el horror de las sombras. Cuando me doy cuenta de mi error, y soy consciente de las largas horas que aún faltan en la travesía nocturna, me invade una tristeza infinita. Al fin, por la mañana, sin poder moverme de la cama, compruebo que las úlceras se han extendido y supuran todavía más. ¡Qué dura es la lucha! Toda mi vida he combatido contra la adversidad. Estoy acostumbrado. Pero ahora no dispongo de más fuerzas. Presiento el final, consumido por mil batallas que me han dejado profundas cicatrices. A pesar de desconfiar de los cuidados del doctor Wawruch, ¡deseo tanto seguir viviendo! ¡Oh, fuerzas celestiales, dadme el vigor para continuar! ¡Destino, corrige tu veredicto aunque sólo sea por una vez! Nunca te he pedido nada, por primera vez te ruego: ¡Concédeme tiempo! ¡Un poco más de tiempo! Me queda tanto por hacer antes de abordar el oscuro viaje. Tengo la sensación de no haber compuesto más que unas pocas notas. Quiero seguir sirviendo al hombre, consolar su dolor, derretir su angustia a través de una música que alumbré esperanza, que consiga imponer la energía necesaria para vencer el arduo combate de la vida. Una vida a la vez maravillosa y perversa, que sólo puede ser entendida desde la aceptación conjunta de la alegría y la tristeza. Las dos caras de una misma moneda que, inseparables, conforman nuestra condición humana.

Debo terminar mi *Décima Sinfonía*. Está ya estructurada en mi interior. Continúa a la *Novena*. Explica la transformación del sufrimiento en amor. Un amor que atraviesa la comprensión del dolor. Un amor que no pide, sólo da. Un amor que nos dice que estamos unidos en un destino común. Un

amor que nos hace entender que la salvación no puede ser individual. ¡O todos o ninguno! Ése es el mensaje de la *Décima*. A diferencia de la *Novena*, será sólo instrumental, seguirá, pero de forma todavía más intensa, el espíritu de los últimos cuartetos de cuerda. Casi tengo escrito su primer movimiento. Un *Andante* luminoso, en Mi bemol mayor, que engloba en su centro un *Allegro* en Do menor. Las tonalidades unidas de la *Heroica* y de la *Quinta*. Llenará nuestros corazones de esperanza, verterá sobre ellos un líquido dulce y nos convencerá de que existe un futuro más allá del desafortunado camino, de una vida que no hemos elegido, impuesta a fuerza de golpes brutales por poderes que, por mucho que lo intentemos, no podemos entender.

Quiero despertar a la voz oculta de la naturaleza, enseñar el sendero a cuyo lejano término espera la palma. Quiero proclamar una vez más verdades que son eternas. La principal de todas: ¡Hombre, ayúdate a ti mismo! ¡Hay mucho que hacer en la tierra, hazlo pronto! La acción es el mejor medio para ahuyentar el pensamiento que te aflige. Ocupate de los demás, incluso de los que te odian. Busca en la generosidad, en el poder creativo de tu vida, el bien supremo de la realización de ti mismo. Eres la imagen del Eterno. ¡Avergüénzate e inclínate ante su grandeza! Pídele fuerzas para vencerte a ti mismo, pues el destino te ha concedido el valor de soportar. Sigue la senda del arte y la ciencia, sólo ella te permitirá disfrutar de una existencia elevada. Escucha a la noche, en ella descubrirás tus fuerzas ocultas. Escucha a la naturaleza, en cada árbol, en cada río, en cada nube, en cada una de sus manifestaciones hallarás partes de ti.

\*

Hoy me siento mejor. Mi amigo el doctor Malfatti, el tío de Teresa, uno de mis amores imposibles, a la cual dediqué la bagatela *Para Elisa*, vino ayer para intentar mitigar mis dolores. Criticó el tratamiento de Wawruch y me recetó nuevos

medicamentos que me proporcionaron un agradable estado de bienestar. Esta pasada noche, por fin he podido dormir tranquilo. Me siento renacido y, por primera vez en mucho tiempo, pienso que voy a poder recuperarme. Le he pedido a Malfatti que no se aparte de mí. Es milagroso lo que ha hecho, sólo su ciencia podrá salvarme.

Además, dos sorpresas me han producido una enorme alegría. La primera ha sido la lectura inesperada de varias canciones inéditas de Franz Schubert; entre ellas me han gustado de forma especial las doce compuestas sobre poemas de Wilhelm Müller que llevan por título *El viaje de invierno*. Hablan sobre un amor no correspondido. Representan un mundo cercano a las pinturas de Caspar David Friedrich y a la primera filosofía de Arthur Schopenhauer. Recorren el palpito lacerado de un poeta afligido que pasea solitario en una gélida noche de invierno. Frío, oscuridad, desolación, proximidad de la muerte, abandono, soledad. Los frecuentes cambios de tonalidad marcan las variaciones emocionales del protagonista, desde el deseo de una felicidad inviable, hasta la mayor desesperación. Son maravillosas. En ellas hay una chispa divina. Le he pedido a mi secretario Anton Schindler que encontrara a Schubert para rogarle que viniera a verme con más música. Necesito hablar urgentemente con él.

La segunda sorpresa ha sido el regalo generoso del fabricante de arpas londinense J. A. Stompff: una magnífica edición de las obras completas de Haendel, en cuarenta volúmenes, que he pedido que coloquen cerca de la cabecera de mi cama. En Haendel descubro la verdad absoluta. Es el más grande; mayor incluso que Bach, Haydn y Mozart. ¡Con él todavía puedo aprender! Su obra ha influenciado mis últimas composiciones: en el *fugato* coral sobre «Alegría, bella chispa divina» a la que sigue «Abrazaos, millones de seres», del final de la *Novena Sinfonía*, el tema que aparece en un ritmo ternario tiene en todos sus contornos melódicos una vivacidad típicamente haendeliana. El «Aleluya»

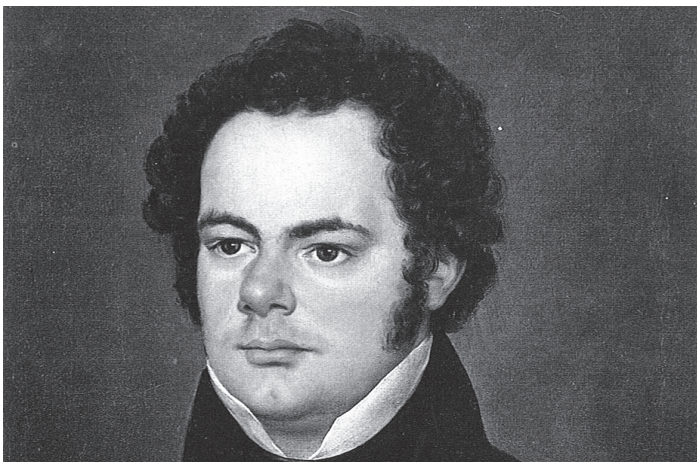


de su *Mesías* está en gran medida transcrito en el «Gloria» de mi *Misa Solemne*. Lo grandioso de Haendel es su exigencia en fortalecer el discurso musical a través de un ritmo que se extiende por toda su obra. Un ritmo rotundo que es el corazón indispensable para que un flujo de sangre constante se vierta por las venas de la composición. Sus grandes óperas y oratorios están contruidos a partir de ese elemento rítmico fundamental que llena de intensidad su armonía polifónica. Su música, como la mía, está basada, además, en dos polos que luchan, se revuelven entre sí como carne y espíritu y se completan en un todo sistemático. Uno es vital, robusto, afirmativo, tiende a la exaltación desbordada de los sentidos, llama a la acción, a la confirmación de un yo que trata de superarse y que con fuerza imponente estalla en una alegría contagiosa. El otro es dulce, nostálgico, soñador, femenino, sugiere más que dice, sin llegar a tocar, acaricia a través de la melodía más inspirada, más emocional.

Por fin Schindler entró en mi habitación. Schubert esperaba fuera. Me dijo que al anunciarle que quería verle, se había puesto a temblar. Cuando le pidió que llevara alguna de sus nuevas composiciones, empezó a revolver por los cajones y estanterías de su casa, sin poder decidirse. Durante más de media hora, muy nervioso, había estado dando vueltas sin parar; hablaba solo, gesticulaba y, en un estado de agitación creciente, cogía las partituras, las miraba un instante, las tiraba al suelo y volvía a rebuscar. Al final, dubitativo, introdujo las hojas manuscritas escogidas en una sucia carpeta y sin aliento, como alguien al que han anunciado su ejecución inmediata, exclamó: «¡Que sea lo que Dios quiera!».

Le dije a Schindler que le hiciera pasar y que nos dejara solos.

Conocía a Schubert de forma superficial. Algún encuentro esporádico me había producido la impresión de que era una persona retraída en extremo. Parecía tener una rica vida interior, pero debido a su timidez y a mi sordera, había re-



Franz Schubert

sultado del todo imposible traspasar la barrera de lo trivial. De su música me hablaban con entusiasmo amigos comunes, pero la verdad es que nunca le presté demasiada atención. Ahora lo lamento.

Pasaba el tiempo y Schubert no aparecía. Llamé inquieto a Schindler para averiguar qué ocurría. Me dijo que, descompuesto, había pedido ir al cuarto de baño. Esperé diez minutos más. Por fin entró, se dirigió al borde de mi cama, levantó el rostro y me observó fijamente. Tenía muy corta estatura y le recordaba más grueso. Su piel y sus cabellos revelaban una salud muy frágil. Los ojos, pequeños, ocultos detrás de unos gruesos lentes, escondían una expresión dulce, de gran bondad. Le sonreí para que se tranquilizara. De repente, como un animal herido que busca su guarida, se abalanzó sobre mi lecho, me cogió la mano y empezó a hablar con honda emoción. No entendía nada. Le dije:

—Sabes que estoy completamente sordo, no puedo leer los labios. Por favor, coge la pizarra que está sobre la mesa y escríbeme lo que quieras decir.

Schubert obedeció: «Maestro no puedo creer estar a vuestro lado. Deseaba venir a veros pero no tenía el valor. Desde muy joven habéis sido mi ídolo, mi guía...».

No entendía bien su letra, le pedí que escribiera más claro. Schubert continuó: «Vuestra música me ha salvado de la desesperación. Si no existiera no sé qué hubiera sido de mí. Siempre me ha procurado consuelo, inspiración. ¡Siento tanta veneración por vos!».

Le rogué que se serenase:

—Yo también lamento que no hayamos podido conocernos antes, abrir nuestros corazones y consolarnos mutuamente. Había perdido toda esperanza de encontrar verdaderos artistas con los cuales poder compartir la intensidad de la vida. Lo intenté con Goethe, pero no fue posible. Por desgracia muchas veces no reconocemos a quien tenemos más cerca. Pero nunca es tarde. He leído tus canciones. Me han parecido extraordinarias, de forma especial *El viaje de invierno*. Está muy próximo a mi ciclo *A la amada lejana*. Los dos sabemos lo que es sufrir, lo que es sentir un desesperado anhelo por entregar tu corazón a alguien que te ame, te comprenda y desee recorrer contigo tu miserable existencia. No importa. La soledad, la renuncia al amor, es al fin y al cabo el precio doloroso que tenemos que pagar para poder crear. La felicidad es posible para los demás, nunca para nosotros. Yo traté de rebelarme. Maldije a Dios y me enfrenté a Él con todas mis fuerzas. Peleamos a brazo partido en un lugar recóndito de mi alma. Era una lucha sin cuartel que sólo podía perder. Después, arrepentido, pedía perdón y sobre todo suplicaba un poco menos de dolor. Me parecía insoportable que recayera en mí el peso de consolar al hombre en la tierra. Ésa era una tarea de Dios, no mía. Sentía la angustia de una responsabilidad excesiva para mis fuerzas. Pero Dios, implacable, sin paciencia, me urgía una y otra vez a continuar con mi labor. No me quejo, lo que debe ser, tiene que ser.

»Franz, me estoy muriendo. A veces intento engañarme y pienso que me van a conceder más tiempo. No va a ser así.

Son vanas esperanzas de un ser roto que, atormentado, se aferra a la vida. No me importa morir, lo que de verdad lamenta es no poder seguir componiendo. ¡Beethoven todavía tiene mucho que decir! Pero, ¡ay!, no somos dueños de nosotros mismos. Con enorme sacrificio me resigno ante mi destino que me impone renunciar a seguir formando parte de la Humanidad. Ésta, aún en su caída, en su inevitable miseria, ha sido, incluso por encima de Dios, lo que más he amado.

»Siempre quise tener un heredero. Lo intenté, más allá de toda razón, con mi pobre sobrino Karl e hice de su vida un constante calvario que le condujo a un intento de suicidio. Mi cansado corazón se desgarró. Que Dios, Karl y Johanna Ries, su madre, me perdonen. Juro que sólo quise darle una vida mejor, mostrarle el valor moral, transmitirle el camino del arte, hacerle comprender que todas las dificultades y luchas que jalonan la ruta del hombre, son las guías hacia una vida mejor. Karl, en contra de todos mis consejos paternos, acaba de alistarse en el ejército. No he tenido el valor de enfrentarme a su decisión.

»También he querido tener un heredero musical. Entregarle el relevo de mi sudor. Esta mañana, al leer *El viaje de invierno*, he intuido que por fin lo había conseguido. No conozco bien tu música, pero creo no equivocarme al pensar que eres el único que puede continuar mi trabajo. Incluso, si el Eterno te concede el tiempo suficiente, superarlo. Detesto la música romántica, me parece artificial, corrupta, propia de espíritus afeminados. Me encolerizaba cuando la crítica quería hacer de mí el padre de ese nuevo movimiento. El romanticismo es una creación espuria, degenerada, que alienta y se regodea en la enfermedad. Una cosa es el sentimiento, la sensibilidad, y otra bien distinta el sentimentalismo. Aborrezco el sentimentalismo. Cuando después de mis conciertos la gente venía con lágrimas en los ojos a felicitarme y me decía cuán enternecidos se habían sentido, les insultaba furioso y les apartaba de mi vista. Yo soy tan clásico

como Bach, Haendel, Haydn y Mozart. De ellos he heredado las sublimes formas que nunca me han abandonado. Es verdad que al luchar contra ellas las he hecho saltar en mil pedazos; que me he revolcado en el fango para moldearlas de nuevo; pero siempre he mantenido una lógica sobre la cual he basado toda mi obra, una estructura que está asentada en los principios imperecederos del arte clásico. Lo que viene: Weber, Rossini, Meyerber y tantos otros, no tiene nada que ver conmigo. No me gustan. Forman parte de un nuevo mundo que no es el mío.

»Franz, te he pedido que vinieras para ser testigo de una confesión. Prefiero que seas tú quien la presencie y no el sacerdote de una iglesia en la que ya no creo. Quiero contarte en las pocas horas de este nuestro primer y seguro último encuentro, los secretos de una vida y una música que no conoce nadie, ni siquiera mis allegados. Te propongo que sigamos el camino que nos sugiere Platón en sus diálogos. Jesucristo y Sócrates se han convertido en amigos cada vez más cercanos. Su sabiduría y generosidad son las velas encendidas en la noche de mi vida. Tus preguntas deberán ser breves y estar escritas con claridad; perdona pero tampoco ando demasiado bien de la vista. Mis repuestas te revelarán el contenido de una existencia llena de alegría y dolor, de triunfos y derrotas, de temores y certezas. Después leeremos juntos la música que me has traído: seguro que me confirmará mi intuición.

Unas gruesas gotas de sudor resbalaban sobre el rostro enrojecido de Schubert. Sus ojos vidriosos seguían reflejando profunda emoción. Sentado en una silla recta, incómoda, al borde de la cama, cogió una vez más la pizarra y escribió: «Maestro, no tengo palabras... La confianza que me mostráis me produce una dicha infinita pero a la vez me abruma. ¡Tengo tanto que preguntar, tanto que aprender de vos! Lo primero que quisiera saber es de dónde viene la enorme fuerza de vuestra música, de dónde surgen vuestras ideas sublimes».

—Es Dios a través de la naturaleza, mucho más que el propio hombre, la savia principal de mi música. En el delirio de su alegría he hallado la fuente de mi inspiración. Rodeado de sus creaciones, contemplaba el grandioso espectáculo de sus frutos y mis sentidos se llenaban de gloriosas ideas musicales. Cuando por la noche, asombrado, observaba el cielo y el ejército de cuerpos luminosos gravitando en su órbita, mi ánimo se dirigía hacia esas estrellas alejadas por tantos millones de leguas, hacia la fuente primigenia donde nace todo lo que ha sido creado y donde nuevas criaturas volverán a nacer en eterno retorno. Era entonces, después del fuego brillante del entusiasmo, cuando debía capturar la melodía que me dictaba el soplo de la naturaleza. Al principio se me escurría entre los huecos de mi inteligencia. La perseguía sin descanso, la estrechaba de nuevo con pasión; pero huía perdiéndose en el caos de las impresiones superficiales. Pronto volvía a alcanzarla con ímpetu renovado, y al no poder separarme de ella, la multiplicaba, extasiado, en todas sus modulaciones. ¡Y en el último instante triunfaba sobre ella y la poseía!

»Ése era el principio. A partir de ahí la esencia de mi música se extendía hasta un espacio sin límites formando un estrato de múltiples sentimientos, generados por el semen sonoro, que al crecer se convertían en sinfonías, cuartetos, sonatas... Se fundían en un órgano supremo, se dirigían robustos hacia un único fin que contenía el germen del sentido moral y evidenciaba la presencia de algo eterno, que se dejaba sentir, palpar. Tenía la sensación de haber cumplido el objetivo encomendado: ser el transmisor entre la naturaleza y el hombre. Y cada vez que concluía una de mis obras experimentaba como un niño el imperioso deseo de seguir lo que parecía terminado. Era una continuación, no un nuevo comienzo. Mi música es orgánica, no está dividida en diferentes composiciones. Forma un todo que sólo puede ser entendido en conjunto. Como un largo acorde resuena en los oídos de los hombres y tiende a despertar lo que hay en ellos de inmortal.

Schubert parecía más tranquilo, había dejado de sudar. Volvió a escribir: «Maestro, habládmeme de la *Gran Fuga*, con la que culmina el *Cuarteto para cuerdas* op. 130. Estuve en el estreno. Nadie la entendió. Yo, por el contrario, pienso que es lo más grande que se ha escrito jamás. Al escucharla sentí que mi mente viajaba por un universo de percepciones desconocidas, donde los sentidos, unidos entre sí, provocaban un sentimiento de total libertad».

—La sordera ha condicionado radicalmente mi música. El sacrificio doloroso de mi oído exterior me ha permitido desarrollar hasta límites absolutos mi oído interior. Sin ser sordo jamás habría compuesto de la forma en que lo he hecho. He tardado en aceptarlo, pero al fin he comprendido que lo que durante tanto tiempo me hizo sufrir de manera atroz, hasta el extremo de pensar obsesivamente en el suicidio, lo que me hizo mantener con Dios una disputa brutal: la injusticia terrible de haberme arrebatado el sentido más necesario para ejercer mi arte; era el precio que Dios me imponía como condición necesaria para poder escuchar su voz y crear una música que alcanzase cotas de percepción nunca conquistadas, que sirviese de vínculo entre Él y la humanidad. Una música que enseñara que la vida se asemeja a la vibración de los sonidos y el hombre a la pulsación de las cuerdas. Si el golpe es demasiado rudo, la vida pierde su justa resonancia y ya no podrá volver a encontrarla. Te voy a confesar algo que no he hecho hasta hoy: mi obra, estoy convencido, es mucho más profunda, más espiritual y, en definitiva, mejor como consecuencia de mi sordera. Y doy gracias a Dios por habérmelo hecho entender.

»Además, ser sordo me ha regalado el don de la sinestesia. La conjunción de los sentidos, la asimilación de diferentes sensaciones en un mismo acto perceptivo. En mi interior puedo visualizar la música antes de componerla y a partir de ella creo imágenes que reúnen múltiples impresiones. La capacidad de percepción conjunta está presente en toda mi obra. Muy pronto, mientras componía los *Tríos para piano*



Mis padres: Johann van Beethoven y Maria Magdalena Keverich

op.1., empecé a sentir los efectos devastadores de mi sordera. Mis últimas obras: la *Novena Sinfonía*, la *Misa Solemne* y la *Gran Fuga*, son quizás los ejemplos más claros de sinestesia. Me alegra mucho que hayas podido experimentarlo. El mundo conseguirá también comprender. Hace falta esperar.

»Durante mucho tiempo odié las fugas. Recuerdo, de niño, no tendría más que ocho o nueve años, cuando mi padre llegaba a casa de madrugada, borracho como una cuba, junto con su amigo, mi primer profesor, Tobías Pfeiffer, un músico ambulante, bohemio, también borrachín, pero hábil clavicembalista. Mi padre, de carácter brutal y autoritario, se dirigía a mi cuarto y me despertaba sin contemplaciones. A empujones me llevaba hasta el piano y me forzaba a ejercitarme con Pfeiffer en las fugas de Bach y otros compositores, hasta el amanecer. Cada vez que cometía un error, que eran frecuentes dadas las dificultades de las partituras y mi estado somnoliento, Pfeiffer me pegaba en la mano con una fusta y ambos se reían a carcajadas. Si los errores eran mayores, me golpeaban aún más fuerte y yo, sin



poder evitarlo, lloraba de rabia. El estrépito que provocábamos despertaba a mi madre, un ser dulce del cual guardo un recuerdo imborrable. Se enfrentaba con coraje a los dos borrachos y conseguía que me dejaran en paz. Me acompañaba a la cama, me cantaba melodías suaves y lograba que me durmiera de nuevo. A veces, para evitar que mi padre me encontrara, huía por las noches hasta el Rin, cercano a nuestra casa. Me tumbaba en su orilla, miraba al cielo, me dejaba inundar por una sinfonía de estrellas que estallaban en mi alma y soñaba que algún día llegaría a ser un gran compositor. Escondido en las sombras de la soledad eterna, en las espesas tinieblas del misterio impenetrable de la naturaleza, sentía que mi cuerpo se llenaba del mundo infinito de Dios. Palpaba la vibración del río, del bosque, del firmamento, y sentía una calma profunda, una paz interior maravillosa, cuyo recuerdo nunca me abandonó. Al descubrir mi huida, mi padre despertaba a voces a toda la casa y salían a buscarme con antorchas y perros. Recuerdo, como si fuera hoy, los gritos terribles, las constantes peleas, las palizas que marcaron mi infancia.

»Mucho tiempo después, mis adversarios en Viena, *los contrapuntistas*, que criticaban mis ansias innovadoras, declararon que era incapaz de escribir buenas fugas en la mejor tradición polifónica. Mis trabajos en la *Misa en Do mayor*, el final de la *Heroica* y el segundo tiempo de la *Séptima Sinfonía*, les parecían insuficientes; eran, según ellos, pobres tentativas que evidenciaban mi falta de carácter para componer en la forma eterna de la fuga. Nunca hice caso a esa banda de sucios ignorantes, pero es verdad que la gran polifonía de los antiguos está presente en mi obra tardía, sobre todo en las fugas gigantescas del cuarto tiempo de la *Gran Sonata Hammerklavier*, del “Credo” de la *Misa Solemne* y de la *Gran Fuga*. Con estas tres partituras desconcerté a mis críticos que no volvieron a hablar de mis limitaciones en el contrapunto. Cambiaron sus ataques y declararon que esas fugas eran engendros de una mente trastornada que tenía

que ingresar lo antes posible en un manicomio. Muy pocas personas se dieron cuenta de su valor excepcional. Yo siempre he estado seguro de que son uno de los puntos culminantes de toda mi obra.

»A pesar de admirar con devoción el contrapunto de Bach, mi modelo era Haendel. A partir de él me impuse la tarea de construir una polifonía que transformara las reglas clásicas, que conviniese mejor a mi música. La *Sonata para piano Hammerklavier*, que escribí a los cuarenta y nueve años, es el resultado de esa revolución. Refleja la lucha de un cuerpo sonoro oprimido que intenta librarse de una camisa de fuerza. Es la creación primigenia del exultante combate por emerger a través del parto al laberinto de la vida: de la oscuridad a la luz, de la duda a la certeza. Toda la *Hammerklavier* tiene una unidad orgánica. Sus movimientos siguen una idea generadora sistemática. El tercero, *Adagio sostenuto*, prepara la explosión catártica de la fuga final. Es mi tiempo lento de sonata más hermoso y a la vez más triste. Un templo de infortunio al que se accede por la angosta puerta de dos notas iniciales: un La y un Do sostenido que conducen a un dolor que encuentra su expresión, no en torrentes sonoros apasionados, sino en la calma más serena. Lo compuse en una de mis formas preferidas: el tema con variaciones. El tema inicial es polifónico. Cada una de sus voces, dobladas en octavas, surgen de un mundo que recuerda, desde el silencio oscuro, el extremo penar de nuestra existencia. La primera variación convierte el tema en una melodía que acentúa el carácter atormentado del movimiento. Tras unos compases de desconcierto, que no sabemos adónde nos llevarán, comienza la segunda variación. Construida sobre amplios intervalos, modula desde las más sombrías tonalidades hasta la tercera, que lucha por desembarazarse de la callada angustia precedente a través de un grito seco, que reclama consuelo y paz. Al final el tema inicial vuelve a aparecer como un recuerdo pálido, fundido en un brillo crepuscular.